

cho nacer los hombres y vestidas por la más pura luz que hasta ahora ha tocado nuestro mundo. O que, ya en el otro seno del Mediterráneo, en la fogosa costa italiana, recorremos el contorno de las islas llameantes, cuyas entrañas alimentan los volcanes con la pasión de los locos incendios. O si no, en los mares del Norte, cerca de los témpanos blancos como la muerte, nos detenemos en las purísimas islas del hielo, donde el espíritu ejercita su voluntad y su dureza. Unas son las islas del divino Odiseo, sonrientes como los días primeros del mundo, y otras son las islas de Ossián, que tienen la declinante tristeza de un astro que agoniza bajo las nieves estériles. Si con todas las islas mediterráneas y oceánicas hubiéramos hecho una sola isla, acaso lograríamos simbolizar la gran alma de fuego y nieve de María Eugenia Vaz Ferreira. Tal, acaso, habría sido su pensamiento solitario y puro, cuando los labios de su espíritu articularon estas cinco palabras: "La Isla de los Cánticos".

CARLOS SABAT ERCASTY.